

bleza había sacrificado ciertamente sus rencores á la salud de la república; mas para seguir el consejo de su tribuno, hubiera sido menester que el pueblo tuviera un espíritu de disciplina y una resolución que no tenía ya.

El pueblo, pues, continuó, como decía Macer, gritando en vez de obrar. Pero gritaba mucho: clamaba contra los tribunales de Sila, donde el senador que había devorado una provincia estaba seguro de la impunidad, á condición de abandonar parte del despojo á sus colegas de Roma y ahora sus jueces; y encomiaba la dichosa severidad de la antigua censura, los benéficos efectos del veto tribunicio, cosas muertas entonces, pero que reviviendo devolverían á la república el reposo y la dignidad.

Desde el fondo de España esperaba Pompeyo estas quejas, y gracias á la hábil moderación de su conducta, los dos partidos le tenían igualmente y todos á la vez esperaban en él. Con esto, tomó el papel de mediador y escribió á Roma diciendo que si no se restablecía entre el senado y el pueblo la necesaria armonía, él mismo trabajaría á su vuelta para conseguirlo. Otro general, que llegó á ser emperador, comenzó así su fortuna política hace ochenta años. El senado ni era más previsor ni más fuerte que el Directorio: como él, viviendo de expedientes y al día, aceptó para ganar algunos meses, esta intervención amenazadora de un caudillo militar, y contestó á los tribunos que era preciso esperar la vuelta del gran Pompeyo (72).

Llegó á fines del año siguiente y el pueblo hubo de granjearse su buena voluntad con sus espontáneos aplausos (71). Toda Roma salió á recibirlo, y más bien recibió que pidió el consulado y el triunfo. Como había sido general antes de ser soldado, fué cónsul sin haber sido cuestor, edil ni pretor (1). Casi olvidado Craso en esta ovación de su rival, á pesar de sus servicios á la república y sus profusiones al pueblo (2), no se atrevió á manifestar su desagrado; y sólo después de haber obtenido el beneplácito de Pompeyo, solicitó con él mismo el cargo de cónsul.

Hay dos clases de ambiciones, la de los hombres superiores que se sienten con alientos para realizar grandes cosas y la de los ineptos ó incapaces que buscan el poder por los gocees que proporciona. Los Gracos, Sila y César tuvieron la primera de estas dos categorías; Mario y Pompeyo, la segunda. Hacía seis años que Pompeyo se mantenía alejado de los partidos; pero acabada la guerra, recobraba el foro su vida: allí era donde iban á hacerse de nuevo las reputaciones y á ganarse el poder. So pena de caer muy pronto en la oscuridad, era preciso hablar y definirse, tomar color. Pompeyo se decidió. ¿Será por el senado ó por el pueblo?

Ni sus antecedentes ni el bien del Estado fijaron sus resoluciones. El senado tenía jefes según su corazón, bien penetrados del espíritu de cuerpo, sin mucha ambición personal, y amigos de la legalidad, tal á lo menos como la había hecho Sila. Cátulo, por ejemplo, era el oráculo de aquella asamblea, y Lúculo, su héroe. En el senado, Pompeyo se hubiera eclipsado. Recordaba que después de sus victorias contra Lépido, se le quiso obligar á licenciar sus tropas. Fuera de esto, Sila no había dejado nada que hacer por la nobleza, ni nada por consiguiente podría hacer él por ella para obligarla á reconocimiento. El pueblo al contrario; todo lo esperaba para darlo todo: Pompeyo se pasó, pues, al pueblo.

(1) Era tan extraño entonces á los negocios civiles, que hubo de rogar á su amigo Varrón le hiciera una memoria sobre administración interior, especie de manual consular sobre lo que un cónsul tenía que decir ó hacer en el senado. (Aul. Gel. Noct. Att. XIV, vii).

(2) Plutarco en Craso. Convidó al pueblo á un festín servido en diez mil mesas y le distribuyó trigo para tres meses.

En una asamblea convocada por un tribuno á las puertas de la ciudad, antes de su triunfo, había declarado que era preciso librar de sus trabas á la magistratura popular, del pillaje á las provincias, de la venalidad á los tribunales, es decir destruir en todas partes la autoridad del senado y la obra del dictador. En los primeros días de su función consular una ley Pompeya, muy combatida por los jefes del senado, pero apoyada por Craso y por César, devolvía al tribunado todos sus derechos. Las legiones pompeyanas acampadas á las inmediaciones de Roma no habían permitido al senado hacer una resistencia más enérgica (70).

Después del pueblo, llegó su turno á los caballeros. Estos obtuvieron el restablecimiento del arriendo de los impuestos en Asia, y reclamaron las judicaturas tan tenazmente como el pueblo había reclamado el antiguo tribunado. Sobre este último punto, Pompeyo dejó á otros la iniciativa.

Cicerón, muy valiente en el foro y en la curia, donde quiera que la palabra es un arma, lo era ya menos en la conducta ordinaria de la vida. Después de las dos oraciones, una de las cuales, á lo menos, era un ataque directo á la legislación corneliana, habíase alejado prudentemente de Roma, dirigiéndose á Atenas y Rodas á tomar de los griegos el único bien que les quedaba, el arte de Isócrates y de Platón (3).

Roma había visto ya grandes oradores; jamás aquella armoniosa abundancia, aquella brillantez de dicción, aquella inspiración inagotable, aquella nitidez de palabra que selló la lengua latina con un sello indeleble. A los treinta años entró Cicerón en los cargos por la cuestura de Sicilia, que desempeñó con honor (75), y pretendía la edilidad, cuando los sicilianos vinieron á confiarle su venganza contra Verres. Cicerón vió que en medio de la reacción que se operaba y que él había aplaudido, esta causa podía elevarse á la altura de un grande acontecimiento político. Aunque miembro del senado desde su cuestura, pertenecía al orden ecuestre, y de este lado estaban sus amistades, sus intereses y sus ideas políticas (4). Cicerón quería hacer que se devolvieran á los caballeros las judicaturas que Cayo les había dado para reformar aquel orden intermedio, *medius ordo*, que debía mantener el equilibrio en el Estado.

Ahora bien, Verres era senador: los Metelos y los Escipiones lo apoyaban, el cónsul designado, Hortensio, estaba encargado de su defensa, y el acusado decía á quien quería oírlo que estaba seguro de la impunidad porque había hecho de sus rapiñas de tres años tres partes iguales, una para su defensor, otra para sus jueces y otra para sí. Cicerón lo atacó audazmente y desde las primeras palabras mostró su pensamiento (70).

«Hace mucho tiempo que cunde hasta por las naciones extranjeras una opinión funesta para la república. Dícese que hoy en vuestros tribunales el hombre culpable, si es rico, no es condenado nunca.» Después recuerda las palabras de Cátulo, echando en cara á los senadores haber hecho necesario con su venalidad como jueces el restablecimiento del poder tribunicio; y estas otras de Pompeyo: «Las provincias están entregadas al pillaje, la justicia á la pública subasta: hay pues que cortar estos desórdenes.» — «Sí, exclama el orador, y yo contraigo aquí el solemne compro-

(3) Se explica esta permanencia de dos años en Grecia (79-78) por motivos de salud y por el deseo de terminar su educación literaria. Es muy posible. El 79 había abdicado ya Sila.

(4) Al mismo tiempo iba á servir los intereses de su partido y los suyos propios. Hortensio reinaba entonces en el foro; pero las Verrinas le arrancaron la corona. En lo sucesivo estos dos oradores abogaban casi siempre por la misma causa, pero Hortensio hacía que Cicerón hablara el último (Cf. *pro Murena*, *pro Rabirio*, etc.).

miso de contribuir á esta noble empresa, en cuanto sea edil. Entonces, desde lo alto de esa tribuna en que el pueblo romano quiere que le dé cuenta de los intereses de la república, revelaré todos los horrores é infamias que se han cometido en la administración de justicia durante los diez años en que el senado ha tenido á su cargo las judicaturas.» Y se atrevió á decir olvidándose de Rutilio y de tantas otras escandalosas absoluciones: «Yo diré porqué durante los cincuenta años en que han juzgado los quirites, ninguno ha sido convicto de haber vendido su conciencia.»

Después de la primera audiencia, huyó Verres espantado abandonando á los sicilianos cuarenta y cinco millones de sesteracios. Pero la elocuencia vengadora lo persiguió hasta en el destierro, porque Cicerón escribió lo que no había podido decir; desarrolló ampliamente el pavoroso cuadro de sus crímenes y acabó como había comenzado, con amenazas contra los nobles.

«Mientras la fuerza la obligó, sufrió Roma el despotismo real: lo sufrió ciertamente; pero desde que el tribunado ha recobrado sus derechos, vuestro reinado ¿no lo comprendéis? vuestro reinado pasó ya.»

En efecto, no pudo sobrevivir á estas escandalosas revelaciones. Un tío de Cesar, el pretor Aurelio Cota, propuso é hizo aceptar una ley, por la cual se volvió á la sabia combinación de Plaucio Silvano: las judicaturas se repartieron entre los senadores, los caballeros y los tribunos del tesoro (1).

Cicerón triunfaba. El recuerdo de esta brillante victoria no impidió, sin embargo, algunos años después, que el acusador de Verres viniera á ser el defensor de Fonteyo, que había entrado á saco la Narbonesa, como aquél la Sicilia; pero á los ojos del grande orador el arte de la palabra se anteponía á todo, aun á la justicia. De ella no siempre se curaba, porque «el lenguaje que usaba era el de la causa, no el del orador;» y siempre hay de estos artistas de la palabra para las defensas imposibles.

Este año 70 fué para los senadores el año de las expiaciones. La restitución al tribunado de sus antiguos derechos les quitaba la mitad de lo que Sila les había dado, y el juicio de Verres les quitaba la otra mitad. Humillados como cuerpo político, fueron también alcanzados por la censura, que reaparece igualmente en esta fecha decisiva: sesenta y cuatro senadores fueron degradados, y Cicerón perseguía aún con sus sarcasmos esta misma degradación de la nobleza.

Así, tanta sangre derramada no había podido hacer vivir ocho años la obra de Sila, mientras reaparecía la constitución de los Gracos.

Cuando los censores hicieron la revista del orden ecuestre, Pompeyo, que aunque cónsul, no era todavía senador titular (2), se presentó como simple caballero, á fin de hon-

(1) Los tribunos del tesoro, *curatores* de las tribus, estaban antiguamente encargados de distribuir los haberes á las tropas. No se sabe cómo, unos funcionarios que en su origen eran los *tribuni aerarii*, vinieron á ser una clase de ciudadanos: sin duda en razón de sus antiguas funciones rentísticas, debieron haber estado sujetos á poseer un censo determinado que respondiera de su gestión, y su nombre de *tribuni aerarii*, acabó por aplicarse á todos los que tuvieran el mismo censo, como se tomó el de caballero para todos los que tenían el censo ecuestre. En los últimos tiempos de la república, el censo ecuestre era de 400,000 sesteracios, y el de los jueces ducentarios de Augusto será de 200,000. Puede suponerse que los tribunos del tesoro debían tener una fortuna intermedia, 300,000 sesteracios, porque en las leyes judiciales de Augusto se colocan entre los caballeros y los ducentarios. En este caso habrían sido los ciudadanos de la segunda clase, formando la primera los caballeros y la tercera los ducentarios.

(2) No podía serlo, porque antes de su consulado no había ejercido ningún cargo senatorial que le hubiera dado el *ius sententia dicende*.

rar el nuevo poder de su orden (3). El cónsul bajó al foro llevando su caballo del diestro. — «¿Has hecho todas las campañas que exige la ley? le preguntó uno de los censores. — Sí, contestó Pompeyo en alta voz; las he hecho todas, y nunca he tenido más general que yo mismo.»

Esta altiva respuesta era un ultraje á la igualdad y á las leyes del país, que exigían grados inferiores para ser general; pero la multitud que no quería más que un amo, aplaudió con entusiasmo este arranque; los censores mismos se levantaron y lo acompañaron á su casa, seguidos de todo el pueblo.

Pompeyo era por el momento el héroe del pueblo; pero ningún héroe popular estuvo jamás peor preparado para desempeñar su papel. Vivir entre la multitud, rozarse con todos y cada uno, tomar á pechos los intereses aun de los más oscuros ciudadanos, conocerlos por sus nombres, mostrar actividad infatigable por sus derechos y hasta por sus placeres, hablar, abogar por todos: he aquí la ruda vida de un demagogo. Pero Pompeyo, acostumbrado desde la infancia al mando, repugnaba cortejar á la multitud; ni su carácter frío y grave se dejaba llevar á los arrebatos del foro (4). Hubiera representado dignamente un imperio pacífico, y no estaba en situación en una república tempestuosa: así bien podemos predecir, que llevado de sus instintos, á pesar de su ambición, acabará por volver al partido de los nobles. En los dos años que siguieron á su consulado, rara vez se presentó en público, y siempre acompañado de un numeroso cortejo que apartaba la multitud como delante de un rey. Sin embargo, comprendió que este inactivo reinado llegaría á cansar al pueblo, y que sería prudente mantener vivo su entusiasmo con nuevos servicios. Sólo una guerra podía ofrecerle esta ocasión.

III. — GUERRA DE LOS PIRATAS.

Después de la conmoción impresa por los Gracos á la república, no había ya más que disturbios por dentro y sublevaciones por fuera. Si en esta lucha pereció la libertad, la dominación á lo menos se salvó, y los provinciales recayeron bajo un yugo más duro todavía. Pero en todas las épocas de servidumbre, hay hombres que prefieren ser bandidos á ser esclavos. La inmensa mar, la mar libre fué el asilo de los que no querían vivir bajo el imperio de la ley romana. Y se hicieron piratas, y como el senado había destruído las marinas militares sin reemplazarlas, los provechos eran ciertos, los peligros nulos. Con esto, esta especie de bandolerismo hubo de tomar en pocos años un desarrollo inesperado y verdaderamente espantable. En sus guerras, recibió de ellos Mitridates importantes servicios. Cuando, á la orden de Sila, el rey licenció sus flotas, todos sus marinos fueron á aumentar el número de los piratas. De todas partes acudían á ellos los aventureros de rudo valor y fiera codicia. Los espúreos de todos los partidos, los desesperados de todas las causas, los arruinados por la guerra ó por sentencia de justicia, los ciudadanos desterrados de sus hogares, los esclavos fugitivos, todos los perdidos tenían cabida en aquella infame armada.

También se vieron personajes distinguidos por su naci-

(3) Algún tiempo después, el año 67, el tribuno Roscio Otón fijó en la cantidad de 400,000 sesteracios (más de 80,000 francos) el censo de los caballeros, y les señaló en el teatro catorce hileras de asientos separadas ó sea de distinción. (Tito Livio, *Epit.* XCIX; Dionisio, XXXVI, 25; Cic., *pro Murena*, 19; V. Paterc. II, 32.)

(4) Se le verá después enfrente de Clodio. En Mileto, el orador Esquines que habló muy libremente en su presencia, fué condenado á destierro, donde murió el infeliz (Strab. IV, 1, 7).

miento ir á casa de los negociantes de la Jonia, de Egipto y de la Grecia. Las flotas que corrían de Cirene á Creta, de Creta á Delos y á Esmirna, eran para ellos la mar de oro: tantas y tan ricas presas hacían sus rápidos navíos. Ni siquiera se ocultaban: el oro y la púrpura y los preciosos tapices guarnecían sus naos; algunos navíos llevaban los remos plateados; y á cada presa estallaba á bordo una bacanal, al son de instrumentos músicos. Sus cantos debían ser los mismos que los del *Corsario* de Byron. «Tan lejos como va la brisa y las olas y las espumas del mar, tan lejos va nuestro imperio. ¡A gozar! ¡a gozar! ¿Qué importa morir?»

La Cilicia con sus numerosos puertos y sus montañas que descienden hasta las playas, hubo de ser al principio el albergue de los piratas; pero en todas las costas tenían imacenes, lugares de refugio y torres de observación. Se



Navíos cargados de tropas y botín de guerra (1)

Entre ellos se encontraban bastantes griegos para que no hubieran formulado la teoría de su honrado oficio. «No hay ninguna injusticia, decían, en recobrar con la destreza lo que se ha arrancado por la fuerza. Después de todo, los bienes que los poderosos nos han robado de una vez, nosotros los recuperamos poco á poco.» De este modo, no sin mucha tranquilidad de conciencia ejercían su productiva industria. Y en efecto, no siendo en la antigüedad el derecho de gentes más que el derecho de la fuerza, no se comprende bien por qué aquellos piratas organizados en república regular no habían de ser considerados como dueños tan legítimos de la mar como los romanos lo eran de la tierra.

Robin Hood perdonaba al pobre sajón y daba muerte al *scherif* normando; los piratas eran también implacables contra el romano; lo sometían á crecido rescate ó lo vendían muy lejos cuando no podía suministrarlo. A veces también, cuando algún prisionero alegaba su derecho *civitatis*: *Soy ciudadano romano*; derecho que respetaban hasta los reyes, los piratas fingían sorpresa, admiración, asombro; postrábase de rodillas, le pedían perdón; después le traían unos sandalias de viaje, otros una toga para que no se expusiera otra vez á ser desconocido, y después de haberse mofado bien de su dignidad, echaban una escala de las bordas al

(1) Según una pintura de Pompeya (Roux: *Herculano y Pompeya*, t. III, 5.^a serie, p. 14). El primero de los cuatro navíos lleva en la popa una palma ó una rama de laurel, señal de una expedición afortunada. La proa ofrece un cuello de ave; dos de los otros barcos presentan un rostro humano. Estos emblemas servían para reconocer los barcos é indicar sus nombres.

les suponían más de mil navíos; habían tomado ya al pillaje cuatrocientas ciudades, entre ellas Cnido, Samos, Colofón, y los templos más venerados, entre otros los de Samotracia, Epidauro, Neptuno en el istmo de Corinto; los de Juno, en Samos y Argos, etc., y sabido es que los templos recibían no sólo las ofrendas á los dioses, sino también los depósitos de los fieles. Del de Samotracia se llevaron mil talentos. Un poeta del tiempo exclamaba, después del pillaje de Delos: «Han reducido á Apolo á la miseria, y de tantos tesoros como había reunido, no le queda ni una monedita de oro que poder dar de regalo.»

Sin embargo aquellos piratas venidos especialmente del Asia, tenían también su culto; culto de bárbaros sacrificios, los sangrientos misterios de Mitra, cuyo conocimiento fueron los primeros en extender por Occidente.

mar y le rogaban tuviera la bondad de volver á la ciudad eterna: tal fué la suerte del pretor Beliano.

Desde la Fenicia hasta las columnas de Hércules no pasaba ya un barco sin pagar rescate. Teniendo tantas costas Italia y Grecia, la sociedad greco-romana vivía á la orilla de la mar, y á lo largo del litoral estaban las más hermosas quintas y las más ricas ciudades. ¡Cuántas inquietudes, cuántos sustos, cuántos estragos y desgracias no causarían las súbitas incursiones de aquellos malhechores! Dos pretores fueron arrebatados con sus fascas y lictores. Brindis, Miseno, Gaeta, Ostia misma, á las puertas de Roma sufrieron el pillaje. Lipari les pagaba un tributo anual; uno de sus jefes se atrevió á entrar con cuatro navíos en el puerto de Siracusa; otro fué osado á quemar en Ostia una flota consular.

Por entonces Sertorio sublevaba á España, Espartaco iba á armar á los gladiadores y Mitrídates preparaba en Asia una nueva guerra. Los piratas habrían podido servir de lazo entre todos aquellos insurgentes; pero esta fuerza inmensa, que hubiera dado un gran poder á su jefe, como sucedió algunos años después con Sexto Pompeyo, carecía de disciplina y de unión; preponderando la idea del lucro sobre la idea política, condujeron bien á Mitrídates los enviados de Sertorio (2), pero engañaron á Espartaco y causaron su ruina.

(2) La guerra de Sertorio duró del 82 al 72; la de Espartaco del 71 al 71; la de Mitrídates volvió á empezar el 74. Los piratas habían sido atacados desde el año 103 por el orador Marco Antonio. Esta guerra fué un legado de guerras civiles, de la sublevación de las provincias y de los esclavos.

Mientras sólo habían ido á caza de griegos y sirios, se les había dejado obrar. La oligarquía que gobernaba el mundo romano se cuidaba poco de los males de sus súbditos; los mismos nobles sacaban de aquí su utilidad, porque el precio de los esclavos bajaba, gracias á los piratas que proveían todos los mercados. Pero cuando cortaron los abastecimientos de Roma, el pueblo hambriento comenzó á creer ofendida su dignidad por la insolencia de los piratas, y el año 78 se hizo contra ellos un vigoroso esfuerzo.

La ocupación de la Cilicia, que comenzara en 103 el pretor Antonio, no se continuó con el ahinco que de ordinario mostraban los romanos en extender sus provincias. El senado se había limitado á establecer en aquel país un puesto militar, desde donde vigilaba á los reyes de Siria y podía atacar por la espalda á los del Ponto y de la Armenia, si se aventuraban en el Asia Menor; pero no se había encargado de destruir los establecimientos que los piratas ha-

bían formado á lo largo de las costas. Sila, pretor de la Cilicia en 92, no atendió más que á lo que pasaba más allá del Tauro, como quiera que Mitrídates dejaba entonces entrever sus ambiciosos designios y hacía olvidar á los piratas, que durante su gran lucha con Roma, sobre todo durante las guerras social y civil, se multiplicaron á sus anchas.

Sin embargo, el dictador no los había perdido de vista, y el 79 hizo llegar al consulado á un nieto de Metelo el Macedónico, Servilio Vacia, que el año siguiente pasó á la Cilicia con una poderosa flota y un ejército. Era un hombre íntegro y un bravo capitán. Los piratas no tenían más que barcos de travesía «los ratones de la mar» (1), muy rápidos, pero incapaces de resistir el choque de las galeras; y Servilio destruyó gran número de ellos en una acción naval que los temerarios piratas tuvieron la imprudencia de aceptar, á vista de Patara: después y por espacio de más de



Moneda triunfal de Servilio (2)



Moneda de Patara (3)



Moneda de Isaura (4)



Moneda de Iconio (5)

tres años, continuó atacándolos, uno tras otro, y arrasó muchas de las fortalezas que les servían de refugio. Fueron laboriosas campañas en que había que combatir contra la naturaleza más bien que contra los hombres; el estío, los calores excesivos y los miasmas deletéreos; el invierno, el aire glacial que venía de las nevadas cimas del Tauro; torrentes por ríos, y por caminos, desfiladeros y gargantas impracticables para tropas regulares. Construída en las escarpadas pendientes de las montañas, cada fortaleza exigía un sitio en toda regla en que el encarnizamiento de los sitiados respondía á la tenacidad de los sitiadores: en Olimpo, el jefe enemigo, más bien que rendirse, prendió fuego á su precioso botín y se quemó él mismo en la hoguera.

Cuando Servilio creyó haber destruído en la costa los principales nidos de los piratas de mar, fué á buscar más allá del Tauro á los piratas de tierra, aquellos isaurios que ningún gobierno pudo exterminar completamente. Como el águila que hace su nido en los lugares más altos para ver de más lejos su presa, habían estos piratas colgado, por decirlo así, su capital Isaura, de una escarpadísima roca que dominaba la llanura de Iconio (Cogni).

Servilio se hizo dueño de esta plaza inexpugnable abriendo en la viva roca un nuevo cauce al torrente que llevaba el agua á la ciudad. En esta empresa ganó el sobrenombre de Isáurico; pero no bien entró en Roma triunfante, cuando los piratas reaparecieron en todas partes.

El senado se decidió, en fin, á constituir un gran mando marítimo, que confió al pretor Antonio, cuya hermana acababan de llevarse los piratas de su quinta situada cerca de Miseno. La isla de Creta en el centro del Mediterráneo oriental, había venido á ser desde la pérdida de la Cilicia el principal refugio de los piratas, los cuales partían con los habitantes el producto de sus rapiñas. Después de ha-

ber expulsado á los forabantes de las costas de Italia, dirigióse el pretor á aquella isla.

El ataque, mal dirigido, trajo un desastre á los romanos: el enemigo apresó buena parte de sus barcos, cuyos oficiales fueron colgados de las vergas, siendo vendidos como esclavos todos los marineros. Antonio pudo escaparse de sus manos; pero sobrevivió pocos días á su derrota, que le valió el irrisorio título de *Crético*.

La oligarquía romana aceptó esta afrenta sin vengarla, á no ser con palabras, dichas en son de amago; amenazó des-



Moneda de Cidonia (6)

de lejos, exigiendo para hacer la paz con los cretenses 4,000 talentos, los prisioneros, los tráfugas y los tres almirantes que habían tenido la insolencia de derrotar á Antonio.

Los cretenses no eran capaces de dar tanto dinero sin dar antes rudos combates, y el 68 fué Metelo á exigir el cumplimiento de las condiciones impuestas con un respetable ejército. Aquel pequeño pueblo se atrevió á esperarlo en campo raso, y después lo detuvo en cada una de sus

(4) ΜΗΤΡΟΠΟΛΕΩΣ ΙΣΑΥΡΩΝ. Belona en actitud de combatir. Reverso de una moneda de bronce de Julia Domna, esposa de Séptimo Severo.

(5) COL. AEL. ICONIE. S. R. (*Senatus Romanus*). Sacerdote conduciendo dos bueyes; dos estandartes. Gran bronce de Gordiano III, acuñado en Iconio (Cogni).

(6) La Diana cretense (Britomartis ó Dictina). Reverso, la misma diosa en traje de cazadora. Tiene en una mano una antorcha encendida y alarga la otra acariciando á su perro. Tétradracma de Cidonia (Canea en Candia).

(1) Μουσάρων, barco-ratón.

(2) M. SERVILIUS LEG. Cabeza de la Libertad. Reverso: Q. CÆPIO BRUTUS IMP. Trofeo. Moneda de oro de la familia Servilia.

(3) ΠΑΤΑΡΕΩΝ. Apolo con una rama de laurel, entre un cuervo, ave fatídica, y una trípode. Reverso de una moneda de bronce de Gordiano III, acuñada en Patara.

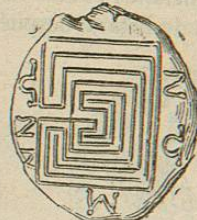
ciudades, Cidonia, Gnosa y Gortina. Dos campañas necesitó el procónsul para hacer una provincia romana de este último asilo de la libertad griega; libertad poco honrosa, que patrocinaba en Creta muchos más vicios que virtudes.

Metelo añadió un nuevo sobrenombre á todos los que su orgullo de raza se había dado. Pero su expedición no exterminó la piratería. Expediciones aisladas no podían tampoco destruir enemigos de tal naturaleza: expulsados de un punto, reaparecían en otro, y gracias á la destreza de sus pilotos y á la ligereza de sus barcos, se burlaban como los guerrilleros españoles de todas las persecuciones.

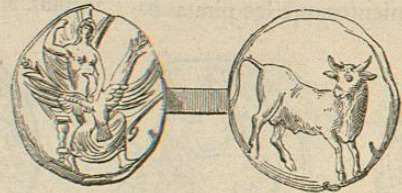
Lo cierto es que los convoyes de Sicilia y de Cerdeña no llegaban ya, y con esto cesaban en Roma las distribuciones gratuitas. Por algunos sestercios vendía el pueblo



Moneda de Gnosa (2)



Moneda de Gnosa (3)



Moneda de Gortina (4)



Moneda de Epifanía (5)

sar á los peligros de la guerra tan preciosa vida. «Porque, en fin, si llegáramos á perderlo, ¿qué otro general podría reemplazarlo?»

«Tú mismo,» contestó el pueblo á una voz. Cátulo guardó silencio, después de haber aconsejado á los senadores que se aseguraran una retirada en algún monte Sagrado, donde como sus mayores pudieran defender la libertad. La multitud dobló las fuerzas que el decreto concedía al general, quinientas galeras, ciento veinte mil hombres de á pie, cinco mil de á caballo y autorización para tomar del tesoro todo el dinero que quisiera. Uno de los cónsules, Pisón, que hizo todavía alguna oposición, se atrevió á decir á Pompeyo: «Si quisieras imitar á Rómulo, acabarás como él.»

El pueblo quiso hacerle pedazos, y á causa de su veto, el tribuno Trebelio estuvo á punto de ser destituido. Pero Pompeyo respetaba demasiado las formas para atentar violentamente á la dignidad consular y tribunicia. Un siglo antes no hubiera enviado Roma ni siquiera un cónsul contra tan miserables enemigos, y ahora se le entregaba todo á Pompeyo, el ejército, el tesoro, el poder soberano. El pueblo tenía hambre y se curaba bien poco de la libertad. César, á quien no desagradaba ver al pueblo habituarse á la autoridad monárquica, había apoyado la proposición con el mayor ahinco.

Á la nueva de este decreto, abandonaron los piratas las costas de Italia, y bajó súbitamente el precio de los víveres. Con esto gritaba el pueblo diciendo que sólo el nombre de Pompeyo había bastado para terminar la guerra. Pompeyo eligió por tenientes veinticuatro senadores que habían mandado ya en jefe, dividió el Mediterráneo en trece regiones y asignó una escuadra á cada división. En cuarenta días

(1) Velejo Patérculo, II, 31, dice cincuenta millas y Dionis. *fragm.*, tres jornadas de camino.

(2) El Minotauro. Tetradracma de Gnosa (Gnosa ó Creta).

(3) El Laberinto. Reverso de una moneda de Gnosa.

(4) Europa teniendo un águila junto al plátano en que se había detenido el toro divino. Desde aquel día no perdió ya sus hojas el árbol sagrado. Reverso, el toro retozando. Tetradracma de Gortina.

Para las leyendas cretenses, véase: *La Mythologie de la Grèce Antiquaire*, por M. P. Decharme, cap. VIII, p. 616 y sigs.

sus sufragios; por cinco modios de trigo al mes dió el imperio. El año 67, el tribuno Gabinio propuso que uno de los consulares fuera investido, por tres años y con autoridad absoluta é irresponsable, del mando de los mares y de todas las costas del Mediterráneo hasta 400 estadios tierra adentro (1). Este espacio comprendía gran parte de las tierras de la dominación romana, de las naciones más considerables, de los reyes más poderosos. Los nobles se espantaron de estos inusitados poderes, que se destinaban á Pompeyo, bien que Gabinio no hubiera pronunciado su nombre: intentaron dar muerte al tribuno, y uno de sus colegas opuso su veto. Sin embargo, tal era su humillación que Cátulo no supo qué decir al pueblo, sino que era menester reservar á tan ilustre personaje y no exponer sin ce-

limpió el mar de Toscana y de las Baleares. En el Mediterráneo oriental tampoco se resistieron en ningún punto los despavoridos piratas, y venían en multitud á entregarse con sus mujeres, con sus hijos y con sus barcos. Pompeyo les daba el encargo de perseguir ahora á sus antiguos compañeros.

Sin embargo, los más bravos llevaron sus riquezas á los puertos del monte Tauro y reunieron sus barcos en el promontorio *Coracesio*. Vencidos y después forzados en una plaza de las cercanías, donde se habían refugiado, entregaron los castillos y las islas que tenían aún en su poder. Pompeyo hizo derribar ciento veinte fortalezas que coronaban las cimas de las montañas, desde la Caria hasta el monte Amano; quemar hasta mil trescientos barcos, destruir todos los astilleros, y siguiendo la política de moderación que había seguido en España, en vez de vender sus prisioneros de guerra, los estableció en ciudades despobladas, en Soli, Adana, Epifanía y Malo, como también en Dimes de Acaya y hasta en la Calabria. Virgilio vió en su niñez, cerca de Tarento, uno de estos piratas, el cual había vivido tranquila y felizmente en la tierra que Pompeyo le había asignado (6).

Noventa días tan sólo habían bastado para acabar esta guerra, poco temible ciertamente, llevada á feliz término, tanto con la prudencia y moderación del general, como con el acierto y rapidez de sus maniobras. Los romanos, pues, habían recobrado el imperio del Mediterráneo y podían ahora llamarlo con más razón *mare nostrum*.

Con eso y todo, la piratería no desapareció sino por cierto tiempo: nunca pudo Roma, ni aun en tiempo de los emperadores, extirpar completamente esta plaga. Durante la expedición de Gabinio á Egipto, las costas de Siria se verán muy castigadas por los forbanos; y hasta en nuestros días, aquellos mares sembrados de numerosas islas, de promontorios y puertos ocultos al pie de las montañas, han

(5) ΕΠΙΦΑΝΕΩΝ ΕΤ (902) 3C (año 206 de la era de Epifanía). Serapis sentado. Cerbero delante de él. Reverso de una moneda de bronce acuñada en Epifanía de Cilicia.

(6) Georgicon, IV, 125-148.

sido el último refugio de los corsarios, que las naciones cristianas expulsaron de los rincones más remotos del Océano.

Antes de la ley *Gabinia*, fué encargado Metelo de tomar la isla de Creta á los piratas. Bien que tuviera un mando independiente, Pompeyo pretendió que había perdido el derecho de combatir por su propia cuenta, que no era ya más que un teniente suyo, y le envió orden de suspender las operaciones. No fué esto solo; sino que un oficial

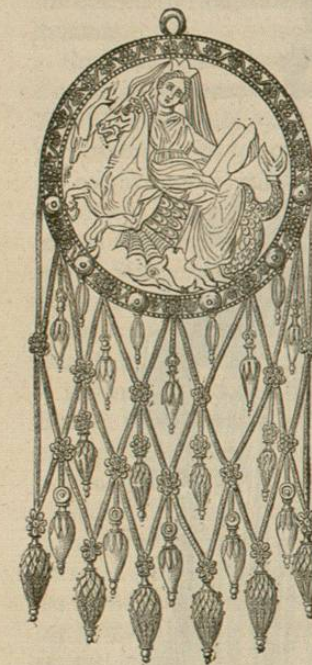
pompeyano, Octavio, fué á reanimar la resistencia de las plazas que Metelo sitiaba. «Afligió hasta á sus mejores amigos, dice un biógrafo, con tan mezquinos celos, que le hacían mirar como una usurpación hecha á su gloria todo triunfo obtenido por los demás.» Una injusticia más obvia acabó de sublevar contra él á la nobleza: arrancó de manos de Lúculo á Mitrídates vencido para reservarse el fácil honor de darle los últimos golpes.

CAPÍTULO I

ULTIMAS GUERRAS CONTRA MITRIDATES

I—VICTORIAS DE LÚCULO CONTRA LOS REYES DEL PONTO Y DE LA ARMENIA (74-46).

Después de su entrevista en Dardano con Sila, volvió Mitrídates á sus Estados, donde por todas partes estallaban sublevaciones y tumultos. Los pueblos de la Cólquide querían á uno de sus hijos por rey, y él los complació; pero pocos días después, lo hizo prender, cargar de cadenas de oro y decapitar. En el Bósforo Cimerio, le negaban obediencia las ciudades y para castigarlas reunió un ejército tan numeroso, que Murena, que se había quedado en Asia con el carácter de propretor y el mando de las dos legiones de Fimbria, hubo de apartar inquietud, como si se creyera amenazado (83).



Joya del Bósforo Cimerio (1)

Él también quería luchas, una victoria, un triunfo, y sus soldados pedían botín. Invadió, pues, la Capadocia que Mitrídates no había evacuado aún y tomó la ciudad de Comana, cuyo famoso templo entró al pillaje. Quejándose el rey de esta agresión que violaba el tratado concluido con Sila, contestó el propretor con mucho sosiego, que el tratado no estaba escrito, lo cual era cierto, y no conocía sus cláusulas. Y continuó avanzando hasta penetrar en el Ponto.

Pero fué batido, y tuvo que reparar el Halis en completo desorden. Ya el ejército pónico tocaba la frontera de la provincia, cuando un enviado del dictador vino á suspender las hostilidades y á restablecerlo todo en el antiguo estado (81).

Sila tenía bastantes guerras y glorias y quería acabar en paz; y por eso procuraba evitar cuanto hubiera podido traer una perturbación á Oriente. El mismo año 81, un

(1) Adorno de pedrería (mitad menor que el original) encontrado en el sepulcro de una sacerdotisa de Demeter, de una labor admirable. (*Antig. del Bósf. Cim.*, p. XIX.)

Tolomeo, Alejandro II, legó á los romanos dos reinos, Egipto y Chipre (2); el dictador se contentó con reclamar el dinero depositado en Tiro por el príncipe difunto y dejó á dos hijos naturales de Tolomeo VIII Latiros compartir la herencia.

Mitrídates también tenía necesidad de paz para robustecer su autoridad quebrantada por tantas derrotas y reparar las grandes pérdidas que le había causado la guerra. Por espacio de algunos años no se ocupó sino en someter otra vez el Bósforo Cimerio, cuya administración confió á su hijo Macarés, y en domar á los pueblos bárbaros establecidos entre la Cólquide y la laguna Meotis. Pero en cuanto supo la muerte de Sila (78) excitó indirectamente á Tigranes, rey de Armenia, á invadir la Capadocia. Este príncipe tomó su capital, Mazaca, al pie del monte Argeo, y se llevó de este reino trescientos mil habitantes para poblar su nueva capital Tigranocerta. La cesión que Nicomedes III, ya moribundo, hizo de la Bitinia al senado (74), decidió á Mitrídates á entrar también en pugna. Fuera de esto, la ocasión parecía también favorable. Los mejores generales y casi todas las fuerzas de Roma estaban ocupadas en España contra Sertorio; los dardanos (servios) y los tracios desolaban con sus correrías y pillajes la Macedonia y toda la península oriental (3); los piratas cubrían el mar, y los bitinios, á quienes los publicanos sublevaron contra ellos en pocos meses, llamaban al rey del Ponto en su ayuda y liberación. Sin perder tiempo comenzó á hacer grandes preparativos: todos los pueblos bárbaros desde el Cáucaso hasta el monte Hemo, le suministraron auxiliares; romanos proscritos por Sila ejercitaron sus tropas y Sertorio le envió oficiales (74); ya dijimos en otro lugar á qué condiciones.

Lúculo era entonces cónsul con M. Cota, y pretendió la dirección de esta guerra. Lejos de haber pasado, como se

(2) Cic. *de Lege agrar.* II, 16; sin embargo, añade: *Dicitur contra, nullum esse testamentum*. En Roma era absoluto el derecho de testar, y el arte de captar un testamento llegó á ser una industria muy corriente. El senado hizo como los particulares, y testamentos hábilmente obtenidos le valieron tres reinos, el Asia pergamense, la Bitinia y la Cirenaica. El rey de Egipto fué seducido de la misma manera; pero Sila no quiso reivindicar una herencia que hubiera sido menester conquistar. Dejése dormir el asunto sin olvidarlo, porque el 63, el tribuno Rulo comprendió en su ley agraria las tierras del dominio real de Egipto.

(3) Conquista de parte de la Dalmacia y toma de Salona después de un sitio de dos años por el procónsul G. Cesconio (78-77; laboriosas campañas de Apio Claudio, gobernador de Macedonia (78-76) y de G. Escrubonio (75-73) contra los tracios y los dardanos; expediciones afortunadas de M. Lúculo, hermano del vencedor de Mitrídates, contra los pueblos de la Tracia, de los Balkanes y de la orilla derecha del Danubio, y sumisión de las ciudades griegas de la costa del Euxino (72-71).